

los gefes políticos Espinosa y Rebolledo, se apresuraron á mandarle auxilios de hombres, armas y municiones de guerra; muchos llegaron á San Diego por mar y tierra, y de aquí pasaban á la frontera en partidas pequeñas para medio disimular la cosa, y se iban á reunir en la casa vieja del rancho de la Tiajuana, á donde desde luego se organizaron dos compañías, armadas de rifle, pistola y puñal; y ya en cuerpo, marcharon camino real para la Ensenada pasando por el rancho de Vallecitos, á donde rompieron los baules de Doña Guadalupe Ryerson, esposa de Don Jorge Ryerson, sacando el dinero y alhajas que tenía en ellos, por valor de dos mil pesos.

Luego que esta fuerza llegó á la Ensenada, se envalentonaron los filibusteros, y en la noche del 23 de Diciembre de 1853, favorecidos de la oscuridad y por una espesa niebla, dieron sobre el campo de los mexicanos que se hallaban todos descuidados, y los dispersaron con la mayor facilidad y sin que les hicieran la mas leve resistencia. De allí huyó el Señor Negrete para San Diego y no volvió mas á la frontera. Lo mismo que Negrete hicieron otros, abandonando la defensa del país cuya causa consideraban perdida irremediablemente.

Solo Antonio Melendres, seguido de sus hermanos Rosario, Juan y Jesus, y de otros cuantos hombres con fé y sin miedo, se

sion, arrojando toda clase de peligros, proporcionándose armas y municiones de guerra de sus propios recursos; atravesando largas distancias en unas cuantas horas; cuadruplicando sus fatigas sin reposar en parte alguna; mientras tanto continuaron llegando auxilios á Walter en algunos buquesitos que venian á la Ensenada llenos de gente y armas, hasta que llegó á contar seiscientos hombres con dos piezas de artillería con cañones rayados, y mucho parque y municiones de guerra; parecía poco menos que imposible desalojarlo de la frontera con unos cuantos hombres como los que seguian á Melendres que nunca pasaron de cuarenta, y la mayor parte del tiempo anduvo con solo diez ó doce hombres, armados de mala manera y casi desnudos, en la estacion mas fria del año.

A fines de Marzo de 1854, se internó Walker con toda su fuerza para La Grulla, arreando todo el ganado vacuno y caballar que habia en la Ensenada, el Maneadero y Las Animas; apenas llegó á la casa de Don José Domingo Saez, mandó sacar todas las pipas de vino y aguardiente que habia en la bodega, y lo mismo hizo en la casa de Don Guadalupe Melendres, padre del héroe, Antonio Melendres, que molestaba á los filibusteros á cada paso, echándoles bala y retirándose en seguida. Fácil es considerar lo que allí pasaría con toda esa

mismo Walker mandó romper cuanta pipa de vino y aguardiente habia; y porque Don José Saez le reclamó lo que habia hecho, haciéndole perder sin necesidad algunos miles de pesos, sacó su pistola y le disparó un tiro, raspándole la frente con la bala que por poco le mata.

De la propia manera, llegaron á Santo Tomás, apoderándose de cuanto habia en las casas de los vecinos, especialmente del billar y cantina de Don Loreto Amador y del comercio de Don Manuel Heredia, pero no pudieron permanecer si no unos pocos dias, porque el ganado y caballada que llevaban era tanto que taló completamente todo el valle de Santo Tomás, que contiene mas de dos leguas de largo por media de ancho, aunque estaba muy bien empastado aquel año; todavía mandó Walker arrear todo el ganado y caballada que habia en la Grulla, de la propiedad de los señores Saez y Melendres, y todo el existente desde el rancho de San Francisco hasta la playa de Santo Tomás, perteneciente en su mayor parte á Don Agustin Mansilla y lo demas á Don Loreto Amador y otros vecinos.

Con todo este gran convoy de hombres y ganado llegó á San Vicente el dia 2 de Abril de 1854.

Walker proclama la Republica de Sonora y Baja California, titulándose presidente de ella.

Desde luego mandó que com-

pareciesen todos los vecinos y los de los ranchos inmediatos, y habiendo concurrido unos cuantos, les dijo en inglés que él habia venido á proteger los verdaderos intereses del país, que iban á independerse de México y formar una república de la Baja California y el Estado de Sonora, bajo la proteccion del gobierno de los Estados Unidos, y que él, como presidente de dicha República, los invitaba para hacer una peticion al Congreso Norte Americano con el objeto de que los protegiera contra la tiranía del gobierno de México.

Don Tomás Bona, inglés de origen y mexicano por naturalizacion, le contestó á nombre de todos, que ellos estaban bien en su calidad de mexicanos, y que por nada de este mundo se separarían de la nacion á que se honraban en pertenecer; que nada pedirían al Congreso ni al gobierno de los Estados Unidos; ni nada les sería mas grato que ver á Walker retirarse del país, dejándolos libres de su presencia y de la de los filibusteros que lo acompañaban.

Irritó tanto á Walker ésta respuesta del señor Bona, que quería fusilarlo, pero no lo hizo porque sus mismos oficiales dijeron que habia hecho bien en manifestar sus sentimientos; la reunion se disolvió, volviendo todos para sus casas y Walker, en castigo de la negativa, mandó que arreasen todos los ganados que tenían y que los juntasen al

6.
gran número de animales que ya contaba reunidos, ocupando todos los terrenos de San Vicente, el Calvario y San Antonio.

El heroico Antonio Melendres, con sus bizarros compañeros, llegaba en unas cuantas horas al campo de Walker, desde treinta ó cuarenta leguas de distancia, caía como un rayo sobre los filibusteros y se retiraba con igual velocidad á las montañas, ó bien mas al Norte ó mas al Sur, segun se ofrecía, y de este modo mató algunos filibusteros en el Rosario, Santo Domingo y La Calentura, y sorprendió á Vicente Rosas (á) *Machuca*, un traidor que llevaba pliegos de Walker para su segundo Smith, ordenándole que se quedara con una guarnicion de treinta hombres en San Vicente, mientras él con la mayor parte de la expedicion sacaría de la Frontera todo el ganado, llevándose por el desierto del Rio Colorado, para lo cual saldría de La Calentura al valle de La Trinidad, y de allí atravesando la Sierra, bajaría al plan del Rio Colorado, y por último, pasaría á Sonora con mucha mas gente y recursos.

Esta correspondencia se la tradujo el señor Horn á Melendres, y éste, echando una mirada de desprecio á *Machuca*, le dijo:

—Quién le dió á usted esta carta?

—El Presidente, contestó éste.

—El presidente, eh? bueno! yo le voy á dar á Vd. otra para que la lleve á la eternidad!

Y lo mató en el acto.

Informado Melendres por esa carta de Walker, de todos los planes de éste, mandó á sus hermanos para que fueran, uno á Santa Catarina, otro á La Huerta y otro al Cucapá, y que levantarán á los indios, señalándoles el lugar adonde debían reunirse; y él corrió de rancho en rancho, levantando á todos los hombres de raza blanca, y voló con ellos al lugar de la reunion. Tres dias despues de este acontecimiento, estaba Antonio Melendres con cuarenta fronterizos en un punto avanzado de la Sierra, por donde debian pasar los filibusteros, esperando que se le juntaran los indios que había mandado levantar. Todo salió la medida de sus deseos; se le reunieron mas de trescientos indios, algunos armados con fusiles y rifles y casi todos con arcos y flechas. Allí les dijo á los indios que todo el ganado y caballada que les quitarán á los filibusteros, sería para ellos, con tal que hicieran lo que él les mandase; y de tal manera logró que ejecutaran sus órdenes con puntualidad. Todas estas operaciones las llevó á efecto sin que Walker tuviera la mas leve noticia de ellas y ni siquiera creyese que anduviera Melendres por esos rumbos; al contrario, lo hacía por la Costa del Pacífico.

Melendres tenía sus señales que le anunciaban la marcha de Walker, y el rumbo que llevaba su expedicion; un indio, como

que hacia fuego para calentarse, abría un hoyo en la tierra y con leña que hace mucho humo, levantaba una columna de humo que se elevaba á gran distancia de la tierra, y esta era, por ejemplo, la hora de la marcha del enemigo. Esas columnas de humo se elevaban en otro punto, y tal seña demarcaba el rumbo, dejándole conocer el punto y los lugares donde pudiera sestear y pernoctar la expedicion; y como él se hallaba mas de ocho ó diez leguas adelante y era conocedor de los terrenos como no se ha visto otro, supo por fin cual era el punto adonde debía realizar su plan de atacar y destruir á Walker.

Destruccion del gran trozo de la Expedicion de Walker.

Walker salió del rancho de la Calentura, tomando el camino para la sierra, por el valle de La Trinidad, y los humazos de los indios iban marcando su ruta tanto á la salida como á donde se estaba y pernoctaba; de esta manera, lo fué esperando Melendres hasta cierto punto inmediato á las caidas del plan del Rio Colorado; y como solo allí habia agua, supo aun ántes de la llegada de Walker, el lugar á donde debia pernoctar y el punto á donde dormiría el inmenso número de ganado y caballada que traía.

Cuando los filibusteros llegaron á ese lugar, hicieron alto, y Melendres sin ser visto observaba desde cierta distancia

7
todas sus operaciones, y apostó su gente entre aquellas sinuosidades para no ser sentido. Cuando llegó la noche, favorecido por la oscuridad, se acercó al campo de los filibusteros con sus cuarenta hombres, y acomodó á los indios cerca del ganado, dándoles la órden que al salir el primer lucero espantasen los animales, aventándolos sobre el campo de Walker; aquella era la noche del 19 al 20 de Abril de 1854.

Todos estaban á la expectativa, mientras los filibusteros dormian en la seguridad de que nadie los acechaba, y que al dia siguiente bajarían al plan del Rio Colorado, con aquella inmensa cantidad de animales, que los iba á enriquecer, vendiéndolos en la Alta California á los precios que entonces tenian: intertanto, llegó el momento convenido, se vió salir el lucero del amanecer radiante de luz, y en ese propio instante un ruido espantoso como si estallaran mil rayos á la vez se oyó, dejando asombrados á los mismos que esperaban este acontecimiento; la tierra temblaba como en un horrible terremoto, y parecía entreabrirse para tragarse y sepultar en sus entrañas á cuantos habia sobre ella; aquella tremenda tropelada de vacas y caballos, seguida por los indios que iban dando alaridos espantosos, invadió el campo de los atónitos filibusteros que morían arrollados y aplastados con las patas de los animales, que

pasaron á violencia de carrera, como una legion de demonios abortada del infierno.

Tras del ganado é indiada cayó Antonio Melendres, con sus cuarenta hombres bien montados sobre briosos caballos, repartiendo machetazos y lanzadas contra aquellos aventureros, á quienes no habia atropellado y muerto el ganado. Cuando salió el sol del dia 20 de Abril de 1854, el Aguila de Anáhuac, que se cernía sobre las alturas de la Sierra de Santa Catarina, dejó caer la mas hermosa pluma de sus álas, para que se escribiera este nombre inmortal: ANTONIO MELENDRES.

Aunque la ingeniosa bélica idea de echar el ganado vacuno y caballar á fuerza de carrera, sobre el campo de Walker, surtió todo el efecto que se deseaba, y la violenta y vigorosa carga de la caballería de Melendres, secundada enérgicamente por los indios que se le habian reunido con armas de fuego, completó el plan que se propuso nuestro héroe ranchero, sin embargo, Wm. Walker, en medio de la sorpresa y de lo mal parado que quedó despues de tan tremendo desastre, hizo frente á su desesperada situacion, con el valor de un héroe digno de mejor causa: allí, entre aquella turbamulta de balazos, reunió como cincuenta de sus mejores soldados, que se batieron á su lado hiriendo á varios de los indios y á tres de los de la caballería de Melendres;

y ganando una sierra enmontada y pedregosa, adonde no podia maniobrar la caballería, logró escaparse con direccion á San Vicente, donde, como queda dicho, dejó á Smith con una guarnicion de treinta hombres. Los demas filibusteros perecieron todos, la mayor parte en el mismo campo de batalla, sea á machetazos ó lanzadas, ó bien á balazos disparados por los indios; y los que se dispersaron murieron de hambre ó de sed por aquellas montañas, ó en manos de los indios cuando llegaban á alguna ranchería. Los ganados no volvieron mas al poder de los dueños; despues que pasaron sobre el campo de Walker, los indios que los iban aventando, les dieron la direccion para el Rio Colorado, adonde las tribus numerosas del Cupá, Dieguinos y Yumas acabaron con ellos:—solo un buey de la propiedad de Don Tomás Bona volvió cargado de frazadas y capotes azules, al corral de la casa de la "Calentura," algunos dias despues de los sucesos que acabo de referir.

"Vamos a ver al Ministro."

Cuando Walker se proclamó presidente de la república de Sonora y Baja California, dió á conocer por su ministro en todos los ramos, al Sr. Smith, gefe de la guarnicion de San Vicente, y como al escaparse del campo de batalla, parecía que iba á reunirse con los restos de su destruzada expedicion, Melendres, que

era un hombre infatigable, apenas dispuso que se acomodasen bien los heridos y se condujeran con seguridad al primer rancho habitado para que los curasen, revisó el estado que guardaba la caballada, y no halló mas de once caballos bien fuertes, que pudieran hacer una marcha larga con la celeridad que él acostumbraba; entónces escogió despues de sus tres hermanos, á siete mas, entre los cuales iba Don Bernabé de La Barra, y ordenando á los que se quedaban atrás, que se le fueran á reunir en San Vicente, caminando como pudieran, les dijo á sus escogidos: "amigos, ahora vamos á ver al ministro," y partió á medio galope seguido de sus valientes y fieles compañeros.

Caminaron toda esa tarde á paso largo y llegaron entre dos luces á un lugar bien empastado y con agua, en donde descansaron para dar de comer y beber á los caballos, levantándose muy de madrugada á continuar su viaje siempre á medio galope, por donde lo permitia el terreno; ese dia como á las nueve de la noche llegaron al rancho de "La Calentura," encontrando á Don Tomás Bona sin un pedazo de carne que comer, con su muger de parto y absolutamente solo con sus hijos, todos menores de edad: este señor Bona, dos meses ántes tenia mucho ganado y caballada, y todo se lo robó Walker dejándolo en tal estado. Como entre los hombres que acompañaban á

Melendres, se hallaba Camilo Bona, hijo de Don Tomás, se quedó entónces en "La Calentura" para ayudar á sus padres en la situacion en que los hallaron. Melendres continuó su marcha hasta el "Ojo de Agua del Calvario," cuatro millas el sudeste de la ex-mision de San Vicente.

Asalto a la guarnicion de San Vicente y destruccion de la misma.

Luego que quitaron las sillas á los caballos en el Calvario, y que se pusieron al fuego para asar carne, pasaba por allí un indio mandado por Francisco Zazueta á La Calentura, para informarse del paradero de Antonio Melendres. "Anda y dile que aquí estoy, y que se venga en el momento contigo y me traiga algunas tortillas para comer, porque ya nos lleva Cristo por falta de ellas." El indio era muy conocido y de confianza, y regresó corriendo y contento á San Vicente, con este recado que el mismo Melendres le habia dado para Zazueta.

Ya casi amaneciendo llegó Zazueta con una taleguita llena de tortillas y muy bien armado de rifle y pistola. Melendres y sus compañeros devoraron las tortillas, miéntras Zazueta les contaba que el ministro y su guarnicion andaban muy descuidados, que tenian el banco de armas en un cuartito á un lado de la casa de Doña Marina Ocio, sin mas guardia que un sentinela, miéntras los demas andaban por el arroyo ó por las ruinas de la ex-

mision, y por esto mandó ese correo á saber de Melendres, para que viniera á sorprenderlos, porque le parecia cosa fácil; á su vez supo Zazueta lo que habia pasado en Santa Catarina, y como Walker se les habia escapado con cosa de cincuenta hombres, tomando el rumbo de San Vicente, sin duda con la intencion de reunirse con Smith, lo cual era necesario impedir para que no se rehicieran los filibusteros de la derrota que acababan de sufrir.

De allí salieron para San Vicente, yendo Zazueta solo por delante cosa de mil varas, y los demas por la cañada del "Salado," y en una rinconada á la derecha del camino que llevaban, hicieron alto y amarraron los caballos, quitándoles solo los frenos para que comieran, y desde este punto se fueron ocultando entre los matorrales hasta llegar al sausal frente á la ex-mision como unas trescientas cincuenta ó cuatrocientas varas: aquí se revisaron y alistaron las armas.

Como Zazueta estaba en San Vicente y ahí lo habian visto los filibusteros desde que guarnecian el lugar, se convino en que fuera solo á la ex-mision y observara el momento mas oportuno para el ataque, haciendo una seña convenida desde el panteon adonde podian verlo los de Melendres; éstos se aproximaron mas y mas á la ex-mision hasta ocultarse tras del cerco de tunas de la huertecita de los "Olivos,"

ménos de cien varas distante del banco de armas: los filibusteros unos estaban adentro de la casa de Doña Marina, otros jugando en un cuartito algo distante donde residia en otro tiempo el comandante militar de la conquista, y otros andaban por las ruinas de la ex-mision. Repentinamente se oyó la detonacion de una arma de fuego, y cayó muerto el sentinela que se paseaba frente á ese banco de armas, dando un grito lastimero al tiempo de caer al suelo. Un peloton de hombres, con pistola en mano, corriendo á toda carrera se precipita sobre aquel banco y se apoderan de las armas, exclamando enérgicamente: ¡¡¡Viva México!!! ¡¡¡Aquí está Melendres, tales!!!

Esta sorpresa puso en confusion á todos los filibusteros, que corrian de aquí para allí desatinadamente, sirviendo de blanco á los tiros de los asaltantes que los mataban con sus propias armas, como quien mata liebres espantadas. Debemos advertir que á pesar de haberles quitado el banco de armas, no por eso quedaron los filibusteros indefensos; todos, sin excepcion ninguna, cargaban en el cinto pistola y puñal; la hora del asalto fué al puro medio dia; los asaltantes no eran mas de once hombres, y los asaltados treinta; todos andaban á pié y en un terreno que no ofrecía ventajas para unos ni otros; pero el arrojo y bizzaría de los de Melendres anonadó de

tal manera á los filibusteros, que disparaban sus pistolas á tontas y á ciegas, sin herir á ninguno de sus adversarios: aquí no hubo miles de vacas ni de caballos que atropellaran á los invasores como en Santa Catarina, ni sombras oscuras que pudieran ocultar á la vista ese puñado de héroes que se presentaban uno contra tres y á pecho descubierto, en plena luz del medio dia del 22 de Abril de 1854. "¿Qué hubo, negros, y el ministro?" preguntó Melendres cuando cesaron los fuegos. "¡Quién sabe!" respondió Zazueta, "yo no lo veo entre los muertos:" Quince quedaron tendidos en aquel campo, y cinco mas que murieron cuando los iban persiguiendo á balazos sobre las lomas de San Vicente: los demas se escaparon sin saber como.

¡Loor á México! pero gracias mil y mil á Don Antonio Melendres.

Despues de esta gloriosa hazaña, nuestros bizarros compatriotas fueron á comer, que bien lo necesitaban, porque aun no se habian desayunado; ahora no se contentaron con la eterna carne asada y muchas veces hasta sin tortillas, conque se alimentaron por mucho tiempo; estaban de gloria y de regalo con los despojos del enemigo: encontraron mucha harina, café, arroz, azúcar y jamon, en el cuarto del ministro, y la esposa de Zazueta con dos indios que le ayudaron en la cocina, les presentó una comida

que se les hizo deliciosa; hasta el venerable anciano Don Santiago Domingo Arce bajó de la Berrenda y le ofreció á Melendres una damajuana con tres galones de vino, que tenia enterrada y la sacó de su lugar para festejar la victoria de sus paisanos.

Todo ese dia se pasó echando vivas á México, abrazándose unos á otros, elogiando cada cual á su compañero y regocijándose todos de tener un gefe tan valiente, tan estratégico y afortunado como Antonio Melendres. Hasta los caballos de nuestros héroes estuvieron de fiesta en aquel dia, porque entre otras cosas ya mencionadas, halláronse en el cuarto del ministro siete sacos de cebada, de la que comieron bien.

Lo que sucedió en Guadalupe de las Ocio.

Queda dicho en su lugar, como huyó Walker de Santa Catarina escapándose por una sierra enmontada y pedregosa, tomando la direccion de San Vicente; no lo seguiré por ese camino que llevó porque nunca he hablado con ninguno de los que lo acompañaron; pero es cierto que bajó á la costa del Pacífico y se reunió con Smith: ¿adonde? tampoco sé ni quiero suponerlo; el hecho es, que al dia siguiente de la victoria de San Vicente, vino un indio que cuidaba un rebaño de borregas de D. Marina Ocio, que se habia escapado de la rapacidad de Walker, diciendo que habian llegado muchos america-

12
nos á Guadalupe, y se habian llevado el rebaño para el corral, adonde lo encerraron, y que estaban atronando la casa, y á él lo corrieron á balazos disparándole varios tiros de los que afortunadamente no le acertaron ninguno.

¿Quiénes eran esos americanos? ¿Sería Walker que bajó á Santa Catarina, ó algunos otros que venian en su auxilio de la Alta California? Guadalupe no dista mas de dos leguas al Noroeste de San Vicente; era necesario ir allá luego, para reconocer á estos enemigos, y proceder conforme á las circunstancias.

Inmediatamente ordenó Melendres que ensillaran los caballos y se pusieran en marcha todos: salieron como á las dos de la tarde y llegaron á Guadalupe una hora despues; encontraron á los filibusteros posesionados de la casa, y como luego que sintieron el tropel de los caballos, se asomaron á ver, recococieron los nuestros á Walker y á Smith, de manera que serian como sesenta los invasores; luego comenzaron los fuegos de once contra sesenta, los yankees sin salir de la casa disparando la mayor parte dentro de muros y por las troneras que habian hecho; y otros cuantos entre los que se hallaba Walker que fueron hasta el corral de las borregas, algo distante pero siempre cubierto por los fuegos que hacian desde la casa.

Melendres dió la vuelta al

arroyo, ganando el llanito adonde estaba el corral, y cargó á todo escape sobre los que habian salido afuera; éstos corrieron para la casa perdiendo tres hombres que murieron en el sitio, pero tambien murieron dos de los de Melendres y los nueve restantes sacaron las borregas del corral, y las aventaron toda la cañada abajo como para el rancho de San Isidro; no contentos con esto, volvieron inmediatamente y levantaron sus muertos que estaban adonde podian alcanzarlos las balas de los filibusteros, y atravesándolos en las sillas de sus caballos les gritaban á los americanos ¡salgan ustedes por sus muertos, cobardes! y regresaron para San Vicente.

Esa misma noche llegaron á este lugar los compañeros que habia dejado Melendres en Santa Catarina por falta de caballos fuertes, y se tardaron algo mas de lo que se esperaba, porque fueron á remudar de caballerías hasta la cañada de San Rafael, caminando como quince leguas mas de ida y vuelta, y trajeron tambien una caponera de doce caballos para que remudaran los de San Vicente.

Al otro dia 25 de Abril de 1854, despues de haber enterrado á sus dos compañeros, dispuso Melendres volyer á Guadalupe con toda su fuerza que se componia de treinta y siete hombres contándose él mismo; pero todos bien armados y en caballos descansados y fuertes.

13
Salieron despues de medio dia, llegando á Guadalupe como á las dos de la tarde; pero despues de dar vueltas rodeando á cierta distancia la casa, nadie se asomaba á verlos como la primera vez, y advirtieron, que habian huido los hombres á quienes iban buscando: se acercaron mas á la casa y la abrieron. y se encontraron á los tres cadáveres que habian muerto el dia anterior, con un papelito escrito en mal español, donde se decia, que no se enterraban aquellos cuerpos por falta de herramientas para abrir las sepulturas, y que los dejaban encerrados en la casa para que no se los comieran los animales. Siendo así (dijo el Sr. Horn, un compañero que llegó á la frontera con D. Bernabé de la Barra), nosotros como cristianos debemos enterrarlos.

—Sí, (contestó Melendres), pero tambien debemos perseguir y darles un destino igual á los demas enemigos que quedan vivos; por eso, vuelva usted solo á San Vicente, y vea con quienes puede cumplir con esta obra buena; y nosotros, muchachos, vamos á ver por donde se han escapado.

Pronto encontraron las huellas de los los fugitivos, y por ellas conocieron que habian salido en la misma noche, tomando el camino de La Estéfana, que en partes es tan angosto, que se puede aventar una piedra con la mano de cerro á cerro, con un arroyo pedregoso y muy enmontado de por medio; mientras que

el camino estrecho y de ladera, no permitia andar de frente dos hombres á caballo.

Por esto desechó Melendres esta ruta, dejando á los filibusteros que la siguieran, y él cortó por una cañada para salir al llano de San Jacinto y llegar á Santo Tomás poniéndose adelante de Walker. Efectivamente, cuando llegaron á Santo Tomás como á las siete de la noche, no tenian allí noticia de los filibusteros, ni de nada de cuanto habia pasado una semana ántes; parecia extraña la dilacion de Walker, habia salido de Guadalupe la noche anterior, y caminado desde entonces hasta las siete de la noche del dia siguiente, ¿cómo no andar solo siete leguas que hay de Guadalupe á Santo Tomás?

Melendres, no quiso pernoctar allí mismo por evitar una sorpresa en caso de que los filibusteros se animaran á hacerla; se fué á la cabecera del llano y durmió dando de cenar á los caballos en Los Alisos: muy de mañana volvió al camino real á cortar huellas, y fué hasta La Grulla legua y media mas al Norte, y nada pudo saber de los jugitivos: sin duda quedaron atrás emboscados en el cañon de La Estefana, lugar muy á propósito para haber acabado con la caballería de Melendres con solo cuatro ó cinco buenos rifleros. Así era la verdad, Walker, conociendo el peligro que corria en los llanos con la caballeria de Melendres contra sus acobarda-

dos compañeros, quiso probar fortuna esperando á su temible adversario en el mismo aguaje de La Estéfana, donde permaneció cinco dias, comiéndose un macho viejo de D. Santiago Aree, un leon cebado que bajaba á ese aguaje, y algunos venados.

Walker en La Grulla.

La estrategia de Walker, aunque no tuvo el efecto que esperaba, siempre le valió para salir de su atrincheramiento con seguridad y llegar á La Grulla metiéndose en el bosque de sauces que habia entónces al pié de una colina pedregosa como media legua distante de las casas; todas las inmediaciones de este bosque, por espacio de doscientas y mas varas, eran unos pantanales donde se atollaban las bestias hasta las rodillas.

Mientras que Walker llegaba á la Grulla, Melendres lo andaba buscando por la playa de Santo Tomás creyendo que tal vez atravesaria por allí para ir á salir á Punta Banda, y cuando regresó á su casa (*) supo que ahí estaba Walker, emboscado adentro del sausal adonde se habia llevado y muerto la única vaca lechera que pudo escapar el padre del mismo Melendres del gran robo que les hicieron de todos sus ganados. Nadie mejor que nuestro heroe conocia el lugar que ocupaba Walker, y lo imposible que era desalojarlo de ese punto atacándolo con caballería; sin embargo, fué á divertirlo colocándose con su gente tras de

los troncos de un encinal inmediato al bosque de sauces, y comenzaron á descargar sus armas de fuego contra dicho bosque, mientras los de Walker contestaban desde adentro los fuegos disparando contra las encinas; así pasaron dos dias, sin otra novedad sino que se acabara la pólvora fina que tenian los soldados de Melendres, y comenzaron á usar otra fabricada en el país que no aventaba las balas ni á treinta varas de distancia.

Entónces fueron D. Loreto Amador y Manuel Machado, joven que apenas tenia doce años, para San Diego en busca de pólvora quedando de encontrarse con Melendres en los Cueros de Venado.

Los Cueros de Venado.

Walker, aprovechando la oscuridad de la noche, salió de su escondite, y cortando camino por una vereda, salvó el Plan del Maneadero y pegado á la sierra de la Ensenada, fué á resultar á la Mision Vieja, pasando de allí al Descanso y del Descanso á la Mesa Redonda, siempre por malos lugares para la caballería, hasta que llegó á los "Cueros de Venado;" aquí se encontraron ámbas fuerzas en la tarde del dia 7 de Mayo de aquel Año, ya casi oscureciendo, y comenzaron á tirotearse; Walker desde una loma alta, media enmontada y pedregosa, y Melendres desde el camino, poniendo su gente lo mejor que pudo y descargando

(*) D. Antonio Melendres, residía en La Grulla.

sus pistolas porque no habia mas parque servible que las cargas de sus pistolas, el cual se consumió allí mismo en el poco rato que duró el tiroteo; pero como tambien acabó de oscurecer y Melendres esperaba por momentos el parque de San Diego, no quiso abandonar el campo hasta que llegara Don Loreto Amador quien debia traerlo.

Walker, en cuanto acabó bien de oscurecer, bajó callandito de la altura que ocupaba, y fué á tener hasta la casa de la Tiajuana, tres leguas mas al Norte del campo de batalla, y sobre la propia línea divisoria entre México y los Estados Unidos; allí estaba seguro, durmiendo bajo de techado y sin peligro, porque en caso ofrecido pasaba al territorio de Norte América, adonde no podía perseguirlo Melendres, porque el comandante Burton se hallaba en el propio monumento con un fuerte cuerpo de tropas del gobierno norte-americano, para impedir que Melendres pasara la línea porque ya se sabia en San Diego que iba persiguiendo á Walker.

Aconteció aquella noche, que los Sres. Loreto Amador y Manuel Machado, que iban de San Diego en la creencia que encontrarían á Melendres primero que á Walker, al pasar por la Tiajuana vieron entre sombras mucha gente, y se acercaron á la casa sin recelo, pensando que serían sus compañeros; mas cuando overon hablar en inglés, co-

nocieron su error procuraron escaparse inmediatamente. Llegaba Don Loreto un macho estirando que cargaba el parque y Manuel Machado lo arreaba; los filibusteros, que los vieron llegar con tanta confianza y que traían la direccion de San Diego, los dejaron aproximarse sin hacerles caso, pero cuando se retiraron tan aprisa y oyeron la voz de D. Loreto Amador, que le decia á Machado, "arrea, arrea, no te acortes," comenzaron á dispararles varios tiros de pistola y de rifle, pero felizmente no les ofendieron y llegaron al campo de Melendres como á las dos de la mañana. Este es el único caso en toda la campaña de Melendres contra Walker, en que dos de sus soldados hubiesen corrido huyendo del enemigo; y por eso lo celebraron tanto sus compañeros que le hicieron repetir á Don Loreto el caso por muchas veces. Así hasta los leones correrían de los coyotes.

Fin de la Republica de Sonora y Baja California.

En el acto que llegó Don Loreto Amador con el parque de San Diego, se repartió entre todos para que alistaran y cargaran sus armas; pero no habia luz ni quiso Melendres se hiciese una gran fogata en cuyo derredor pudieran ver todos para hacer esta operacion, diciendo que en un fuego grande saltaban hasta mucha distancia las chispas de lumbre y manejando pólvora pudiera suceder alguna des-

16
gracia por el descuido de alguno y halló mas conveniente que cada cual hiciera su lumbrita y con mucho cuidado revisara y cargara sus armas.

Parecía aquel campamento una procesion de ánimas en aquellos momentos de encender las fogatitas; pero luego quedaron todos listos, y como solo habían desenfrenado sus caballos teniendo cada uno el suyo del cabestro para que comiera, mandó Melendres enfrenar y montar, y á esas mismas horas salieron para la Tiajuana; pero como distaba todavía tres leguas y tenían que andar despacio contemplando los caballos, no llegaron sino despues que había amanecido y cuando los filibusteros estaban casi pasando la línea; sin embargo, hicieron por alcanzarlos á toda carrera, descargándoles los rifles y las pistolas, miéntras que los de Walker, corriendo por entre los matorrales del arroyo para libertarse cuanto ántes de la persecucion, contestaba uno que otro á los fuegos, y tan pronto como se pusieron tras de la fuerza veterana del gobierno de los Estados Unidos que mandaba el coronel Burton, comenzaron á tirar sus sombreros al aire y á dar gritos, como burlándose de los nuestros.

Melendres llegó con su caballería hasta el mismo monumento en que se hallaba el señor Burton, y éste le dijo en términos caballerosos, que el único objeto de su permanencia allí

era para evitar que ninguna fuerza armada violara el territorio norte-americano; á lo que contestó Melendres diciendo: "Si yo he venido hasta aquí con estos esforzados ciudadanos que me acompañan armados, ha sido para arrojar á esos bandidos que vinieron á violar el territorio mexicano;" y despues de tres vivas! á México que contestaron sus guapos, descargando las armas, se puso á la cabeza de su pequeño escuadron y contramarchó hasta el frente del monumento, y allí se estuvieron algunas horas miéntras almorzaron y dejaron comer á sus caballos.

Seis meses ántes de la fecha á que hemos llegado, se hallaba Walker en la Frontera, con seiscientos hombres bien armados, enseñoado del país, insultando y desafiando á todo el poder de México, titulándose Presidente de la República de Sonora y Baja California, miéntras que Melendres, con su pequeño grupo de héroes, caminando de un punto á otro, hostilizó al enemigo hasta el día 8 de Mayo de 1854, en que lo arrojó del país, con ménos de cuarenta hombres, quitándole mas de quinientas vidas.

Si este hombre no es un héroe verdadero ni debe considerarse como benemérito de la patria en grado eminente, dejémosle donde está, olvidado de todo el mundo hasta hoy; pero si sus grandes hazañas pueden colocarle á la altura de nuestros

17
hombres, exclamemos alguna vez:

Viva Antonio Melendres!

EPÍLOGO.

Muerte de Antonio Melendres.

Despues que Melendres arrojó de la frontera á los filibusteros de la manera referida, llegó á la misma el capitán español al servicio de Santa-Anna, Don José, Fidel Pujol y Bruc de Tarragona, titulándose caballero gran cruz de la Orden de Carlos III y de la muy distinguida Orden de Guadalupe, creada en México por el mismo Santa-Anna; venia con cien soldados del Primer Lijero de Línea, mandado por el general D. José María Blancarte, jefe político y comandante principal del Territorio, para pelear contra Walker; y encontrándose con que éste no existía en el país, por haberlo arrojado Melendres, se ocupó en dar crédito á las imposturas y calumnias, que levantaron contra el héroe, algunas personas envidiosas de su gloria y que aspiraban á gobernar en la frontera, considerando á Melendres como un obstáculo para alcanzar sus deseos; otras se quejaban llamandose robados, porque Melendres en el empeño de pelear contra los filibusteros sin auxilios ni recursos del Gobierno, para sufragar los gastos mas

indispensables que demandaban sus inmortales hazañas, había llegado á sus ranchos muerto de hambre y con necesidad de remudar de caballerías para él, y

sus leales compañeros y había hecho lo que David cuando se comió los panes sagrados, matandoles alguna res y tomándoles algunos caballos, para el servicio público; otras, parientes de aquel traidor Vicente Rosas (a) Machuca, á quien mató Melendres en castigo de su crimen, lo apellidaban asesino y le temian porque Melendres sabia algo contra ellas parecido á lo de Machuca: todas estas entidades juntas, reunidas en redor del tal caballero gran cruz, se aprovecharon de su fatuidad para adularle pintándole al héroe como á un monstruo, y metiéndolo en temor de que en cualquier momento caeria sobre él tratándolo como enemigo, porque decian que Melendres no respetaria mas autoridad que la suya propia: no falta quien crea que Pujol traía la órden de Blancarte, para fusilar á Melendres como *desafecto á su Alteza Serenísima*, palabras sacramentales con que se cubrian las depredaciones de las autoridades de aquel tiempo de luctuosa memoria.

El caso es que Pujol le escribió á Melendres llamándolo dizque para entregarle el despacho